

# Notas de París

## Moral y placer

Nelson A. Vallejo G.  
Para Ofelia G. de V. y su gran coraje ético.

**I** Viaje entre griegos y latinos.  
*Histoire de la sexualité* -Historia de la Sexualidad- es la obra monumental de penetrante reflexión que Michel Foucault comenzó en 1976, cuando aparece el primer tomo: *La Volonté de Savoir* —La Voluntad de Saber—, presentándose como la introducción teórica, rápida y un poco *a priori* de un conjunto de seis volúmenes, de los cuales sólo aparecerán tres, pues la muerte se adelanta al *a priori* de la reflexión de Foucault. En el primer tomo, publicado en 1976, se anuncia el color de su tesis, prometiendo de aclararla más tarde. No es cierto, dice, que el sexo sea objeto de represión y de prohibición en la sociedad contemporánea (es decir, en la que se construye después del siglo 18). Al contrario, ella ha hecho de él su ídolo y su soberano. *La sexualité* es un invento moderno que por medio de la moral, la religión, la educación, la cocina, el psicoanálisis y la televisión... nos gobierna. Es el secreto del cuerpo el menos guardado en la vida pública y le interrogamos a diario para que nos diga la verdad sobre nosotros mismos.

Esta afirmación produce reacciones de molestia, pues ella va contra las ideas entonces en voga. Sin embargo, los críticos esperaron la publicación del desarrollo de la tesis de Foucault para emitir sus juicios críticos.

Pero esa continuación no llegaba: desde hacía ocho años Foucault reflexionaba sobre el desarrollo a seguir, pero éste no se ponía en marcha. Un silencio envolvía al gran filósofo y un rumor se levantaba entonces: ¿Foucault está acabado? ¿Habría negado seguir una idea reconocida como falsa? ¿La empresa de una historia de la sexualidad no será desmesurada, absurda o un falso trabajo?

Pero, sólo los fieles que seguían sus cursos en el Colegio de Francia sabían que esas preguntas eran sin fundamentos. Y que el largo silencio del filósofo se debía a un cambio de dirección importante en su pensamiento y en el desarrollo de su tesis. Foucault aprendía un nuevo trabajo: el de historiador de la antigüedad. El decía entonces: "de qué sirve el empuje del saber si él no asegura de alguna manera, además de la adquisición de conocimientos, los errores y los vagabundeos del espíritu de quien conoce? Hay momentos en la vida donde la pregunta de saber si se puede pensar de otra manera a la que uno piensa y percibir de otra manera a la que uno percibe es indispensable para seguir pensando o mirando". Pues, díramos nosotros, de qué sirve llegar a puerto y estacionarse allí cuando el pensamiento es siempre movimiento? O recordando las palabras de Cromwell: "Un hombre no va nunca más lejos cuando sabe a dónde va".

Así, Foucault, prefiriendo el placer de la aventura a la seguridad del barco anclado en puerto, se dedica a las delicias del "vagabundeo" del Espíritu por el infinito extendido del pensamiento, mientras que el público y los críticos esperaban que pasará siempre por el lugar preciso indicado como pasan los trenes por rieles ya trazados. Como si el pensamiento pudiera igualarse al itinerario de un tren.

El segundo tomo, titulado: *L'Usage des Plaisirs*, La Utilización de Placeres, nos conduce con los griegos del siglo cuarto a. de J. el tercer tomo: *Le Souci de Soi*, La Preocupación de Sí, nos lleva con los latinos del siglo dos de nuestra era. El cuarto (y último tomo) estaba previsto para el año entrante y se titulará: *Les aveux de la Chair*, Confesiones de la Carne, estudio sobre los Padres del Cristianismo.

Foucault se explica, en la introducción de *L'Usage des Plaisirs*, sobre las razones de su cambio de dirección.

Su propósito, nos dice, no era el de hacer una historia de las ideas o de las mentalidades, sino el análisis de una experiencia particular y vital: la que indica el por qué "los individuos se reconocieron como sujetos de una *sexualité*". Luego, esa noción de sexualidad y de placer no es una base intemporal del hombre. Ella es histórica y cambiante. Susceptible de ser determinada. Ella es un invento moderno nacido de la experiencia cristiana de la carne y del pecado. De allí la idea de buscar antes del cristianismo para así analizar la manera como se constituyó his-

tóricamente "el hombre de deseo".

Ahora la dirección del pensamiento de Foucault es de analizar las prácticas que llevaron al individuo a un interés de sí mismo, descifrándose, reconociéndose y confesándose como sujeto de deseo. En otras palabras, la historia de la sexualidad debería volverse una "historia del hombre de deseo".

El descubrimiento de Foucault por el camino de esa "genealogía" del deseo fue de observar como la moral está constituida. La pregunta en suspenso era: ¿cómo en una sociedad que no conlleva una gran prohibición, el hombre logra establecer una práctica sexual? Por medio de qué mecanismos, a partir de qué experiencias el comportamiento sexual se volvió "objeto de inquietud, de debate y de reflexión"?

Foucault buscó la respuesta a ese interrogante en los textos (discurso, obras filosóficas, tratados médicos, preceptos médicos y pedagógicos e interpretaciones de sueños...) que tienen por objeto proponer reglas de conducta, dar consejos y puntos de vista. Textos teóricos y prácticos a la vez, puesto que ayudan a elaborar una técnica de vida, a curar, sino calmar, los tormentos del alma y del cuerpo ayudando a construir su vida armónicamente.

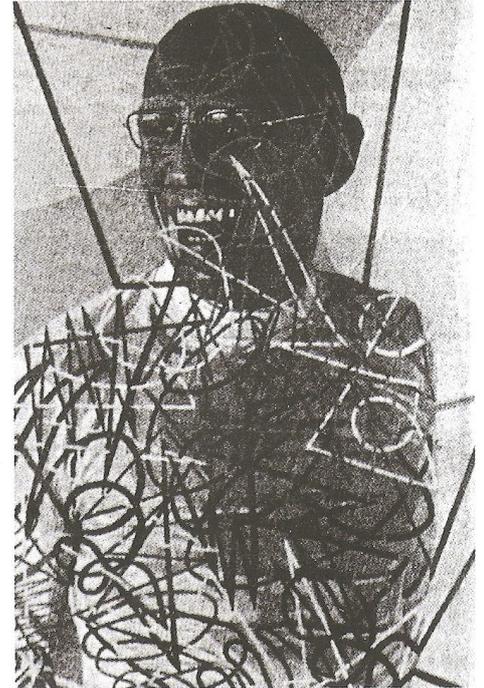
Es por eso que estos dos tomos de Foucault, el segundo y el tercero, no se presentan como combates especulativos y conjeturales a la manera de sus otros libros, sino más bien como un sabio y modesto viaje por el país de una enorme biblioteca donde se encuentra todo lo que una sociedad, en una época determinada, escribió sobre ella misma.

Lo que nace de una lectura cuidadosa, dice Foucault, es la muestra de que la moral sexual se estableció en la antigüedad, a partir de un dominio de sí, de una eliminación de pasiones corporales, de un arte de vivir asegurando "la soberanía de sí sobre sí". Es por eso que los *aphrodisia* —"placeres del amor"— aparecen como un elemento en un conjunto que encierra la medicina, la dietética, el gobierno de la casa y de la Cite, y convergen en un sólo objetivo: dar al hombre libre —el único que necesita de una reflexión moral y filosófica— el dominio de su ser, la capacidad de manejarse y de manejar los negocios de la colectividad, la aptitud de ser un modelo para los demás. Lo que cuenta sobre todo es el *estilo de vida*, la moderación del comportamiento, el equilibrio personal hasta cuando todo parece derrumbarse a nuestro alrededor: amor, familia, dinero.

Por ello, lo que pone problema en materia sexual, no es tanto la existencia de una dualidad del deseo, hacia las mujeres o hacia los hombres, como el guardar la misma altura y dignidad en el comportamiento frente a todo objeto de amor. La sexualidad, dice Foucault, no se divide en homo ni en hetero-sexualidad, sino entre comportamientos activos de carácter energético, es decir en campos de energía sea activa, el hombre, o pasiva, la mujer. El deber del hombre es demostrar en toda ocasión su superioridad viril y su sentido del honor (sin ejercer ninguna violencia ni injusticia contra el objeto de su amor, en particular su mujer).

Esta concepción de la moral, explica, según Foucault, que de lo que se trata en los textos, no es el amor con la mujeres, el cual responde a reglas claras, sino el amor con los jóvenes, el cual se golpea contra una gran dificultad: ¿cómo admitir que un joven pueda ser el objeto de amor de otro joven—teniendo así un papel pasivo— mientras que su destino es de ser un hombre activo y dominante? Lo que pone problema no es tanto tener relaciones homosexuales —sentir amor por un ser joven y bello es considerado como legítimo—, como el hecho que un hombre pueda, en un momento de su vida, vivir una relación sexual que lo iguala a las mujeres y a los esclavos.

A los filósofos no faltó argumentos para tratar de resolver el problema, diciendo (véase Platón, *El Banquete*) que el amor por un joven era más virtuoso y más puro que el amor por una jovencita, puesto que el primero releva de una igualdad de orden y de fuerza (dos activos), mientras que el segundo es hijo de una desigualdad entre dos órdenes distintos —el hombre y la mujer— y dos fuerzas distintas (una activa, la otra pasiva). Dicen que el primero lleva a la amistad y sabido es que para los griegos ese sentimiento es el puro, el más bello y el único que justifica la vida. Sin embargo, había en la cuestión un tema de turbulencia imparable y que es necesario repensar.



Michel Foucault

### II. La tendencia a la abstinencia.

El resultado de esta moral antigua es una tendencia a la abstinencia y al ascetismo, contrariamente a la imagen que nuestro espíritu decadente se hace de una Grecia dedicada al libertinaje. Evolución moral que Foucault ve triunfar con los estoicos del siglo dos de nuestra era, al igual que una desconfianza cada vez más profunda por el acto sexual como tal considerado como una fuente de perturbación espiritual y una pérdida de energía. Esta tendencia a la abstinencia no se debe, como podría pensar un espíritu mediocre, a la maldición de la carne y a un pecado del cuerpo —como es el caso de la moral cristiana— sino a un deseo llevado al extremo de preservar el individuo de toda dependencia inútil y material, de permitirle un consagrarse por completo al conocimiento y el dominio de sí.

Así, Foucault establece una larga continuidad entre la sexualidad de los griegos y la de los latinos del siglo dos, fundada en una madurez de la moral del dominio de sí y de la autonomía del individuo. Para Foucault, esta ética se opone a la del cristianismo que se funda en la sumisión de reglas trascendentales enunciadas e impuestas por instancias de dominación.

De allí, a suponer que Foucault quiere decirnos otra cosa y que a través los griegos es de nosotros que él nos habla, hay sólo un paso que dar es una tentación. No es la primera vez, en el pensamiento occidental, que el pasaje por los griegos aparece como un rodeo necesario para quien proyecta la creación de una moral. Por cierto, el propósito de Foucault no es tan explícito. Su pesimismo es demasiado grande, su escepticismo demasiado radical para que pueda autorizarse un programa de puerto, fijo y anclado como todo programa que pretenda funcionar. Sin embargo, procediendo por alusión, describe una situación ética que, según él, no carece de analogías con la nuestra. La de un mundo sin leyes éticas absolutas y sin ideología triunfante, donde el individuo podrá al fin encontrarse consigo mismo, investirse enteramente en sus relaciones con los otros, con los placeres, la belleza y el arte.

Hacer de esa vida una obra de arte, construir su individualidad independientemente de estructuras sociales, económicas o políticas... y hasta lejos del fracaso amoroso de un marido ebrio... ese programa implícito; Foucault no nos dice que es necesario ir a buscarlo en los griegos, pues cada época debe definir sus reportes con lo verdadero, lo social, lo técnico... Sin embargo nos describe un mundo que podría parecerse a ese hacia el cual nos encaminamos o hacia el cual el mismo Foucault aspira.

Los griegos eran serenos, púdicos y tolerantes. Tres virtudes, nos dice Foucault, sobre las cuales nuestros contemporáneos debieran meditar.